

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL

CONVIVENCIA

Me miró con rabia cuando oprimí el botón del elevador de un piso anterior a aquel en que ella iba a desembarcar, estando sin duda apretada por esa prisa irritante que magnifica el rencor a todo obstáculo que se alza en el camino.

■ Se volvió a verme con instantánea y violenta enemistad cuando me sorprendió valorando el cuadril de la dama que lo acompañaba.

■ El obeso mórbido me enfocó con aborrecimiento sin motivo aparente alguno.

■ “Me aburres”, me dijo ella con voz indolente, pero en sus ojos capté destellos de ira.

■ Un condiscípulo mío de secundaria dice a otro en un corrillo entre clases: “Toda comparación es odiosa, lo sé, pero tú pareces hijo de mi perro.” Y esta observación artera, tan inesperada como gratuita, desató un relampagueante brillo de furia en los ojos del ofendido.

■ Enedina Falcón, la Hiena Falcón, me fulminó con los ojos cuando entregué el pozo en el juego de canasta uruguayá en que ella era mi compañera.

■ El Pelón Urdapilleta, ya con copas, expresó con energía algo grosera su repulsión por el cantante Luis Miguel que entona, con orquesta y afectado, los íntimos y perfeccionistas boleros de trío, pero en su peroración sus ojos fueron más allá de sus razones y repiqueteó en ellos odio acérrimo y criminal hacia el cantante.

■ No hago más que ingresar a la oficina y me encuentro con la ojeriza tenaz que llena la mirada de Vélez, mal sujeto, que por desgracia es mi jefe inmediato.

■ Salí temprano de la junta de consejo en la que el Pato Velázquez me culpabilizó del desplome de las acciones y la amenaza de bancarrota. Sentí al retirarme que los ojos de los consejeros taladraban con hostilidad mi espalda y dirigí mis pasos más solo que un leproso al bar cercano donde el cantinero, negro, veracruzano, de Alvarado, es bullicioso, alegre, alburero y me conoce.

■ Cuando Villavicencio protestaba el cargo, inflado de vanagloria, me bullía por dentro el aborrecimiento, pero no manifesté ninguna emoción y creo que hasta, a la vista de todos, sonreía complacido.

■ “Miraba Miguel (de Cervantes) a su amo el griego Dali Mamí (el corsario a servicio musulmán que lo capturó y redujo a esclavitud), y aun odiándole,

como odia por ley natural todo esclavo a su señor, encontraba en él no sabemos qué rasgos del prudente Ulises, su paisano, maestro de andanzas y marítimas caballerías.”

■ Con mirada de glaciación, neutro e inescrutablemente el rostro y nula la gesticulación, el pistolero abrió fuego.

■ Desvié la mirada cuando lo sorprendí haciendo el ridículo, pero él alcanzó a captar que había registrado lo sucedido y, como resultado, me miró con rencor y deseo de venganza, pese a que, entendiéndose bien, yo no había hecho lo que se llama nada. Toda mi desgracia deriva de ese instante vertiginoso en que el tirano cometía el error tan inexplicable como ridículo y costoso a la nación. Soy como Acteón, el cazador, que topó con Diana bañándose en un claro del bosque y fue transformado en ciervo por la diosa enfurecida y perseguido por su propia jauría cazadora, sólo que yo no vislumbré el blanco deslumbrante de la diosa desnuda, sino el horrendo perfil de las infortunadas maquinaciones del dictador vociferante.

■ Virtud y terror van juntos: la virtud sin el terror es desastrosa, el terror sin la virtud es impotente. El terror no es otra cosa que pronta, severa, inflexible justicia, y es por tanto emanación de la virtud.

Maximiliano Robespierre

■ Mi máquina despegará la cabeza en un parpadeo, y la víctima no sentirá nada más que en el pescuezo un cierto frescor refrescante. No podemos apresurarnos demasiado, señores, en permitir que nuestro país disfrute este adelanto.

J.I. Guillotin, 1789

— HUGO HIRIART

VALLE DE CHALCO CUANDO EL RÍO SUENA

Si usted está leyendo esto en la ciudad de México a ras del suelo, es muy probable que 15 metros debajo de usted pase una tubería de drenaje. Y hay, lo admito, una extraña tranquilidad en poder desentenderse de lo que no se ve: cientos de metros cúbicos de mierda y suciedad que ahora mismo corren por debajo de nuestros pies. Pero si usted vive en Valle de Chalco Solidaridad, en el Estado de México, la situación cambia pues es complicado no enterarse de las aguas negras que, basta cruzar la carretera, pueden no sólo mirarse, sino olerse, ya que fluyen a pleno cielo abierto, 15 metros por encima de la planicie de Valle de Chalco.

Valle de Chalco tiene un problema serio y no me refiero al conflicto territorial que arrastra desde 1994, cuando Emilio Chuayffet, siendo gobernador del Estado de México, reasignó tierras entre Chalco e Ixtapaluca para convertir a Valle de Chalco Solidaridad en el municipio número 122 del Estado de México. Ni tampoco a que el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social lo haya calificado el año pasado como uno de los municipios con mayores índices de marginación. No. El mayor problema que enfrentan los 500 mil habitantes de este valle es el riesgo de que la próxima inundación acabe por convertirlos en un municipio cenagoso.

Cúidate del agua mansa

De acuerdo con Dalia del Carmen Ortiz Zamora y Adrián Ortega Guerrero, geofísicos que desde el Instituto de

Geografía de la UNAM documentaron en 2006 el “Origen y evolución de un nuevo lago en la planicie de Chalco”, en la parte central de la planicie del antiguo lago de Chalco se están formando zonas de acumulación de agua evidentes desde 1988. “El área de influencia se ha incrementado progresivamente y en la actualidad se tienen alrededor de 1000 ha cubiertas por lagos someros.” Sumado a eso están los hundimientos de hasta 40 cm por año generados por la extracción de agua subterránea y, por supuesto, aunado a lo anterior está el riesgo de que el Canal de la Compañía (que ha tenido que ser elevado al ritmo de los hundimientos) se desborde como ya ocurrió en el año 2000 y como volvió a suceder entre el 4 y el 15 de febrero de este año. El diagnóstico de los geofísicos es desalentador: la extracción de aguas continuará y los hundimientos se profundizarán; las aguas residuales se acumularán y desbordarán y los lagos someros se extenderán para dar forma al nuevo lago de Chalco que, renacido y vengador, reclamará para sí varias colonias de Valle de Chalco y Tláhuac. Sorprende que frente a este diagnóstico las autoridades involucradas (DF, Estado de México y la Comisión Nacional del Agua) prefieran acogerse a la benevolencia de Chac y Tláloc.

Camino a San Isidro

Ha pasado un mes desde las inundaciones que afectaron a Valle de Chalco. Y aunque el Servicio Meteorológico Nacional insiste en que la temporada “atípica de lluvias” llegó a su fin he elegido, por precaución, un día particularmente soleado para visitar Valle de Chalco. Esa mañana un ligero error de cálculo llevó primero mis pasos a Chalco y en el paradero donde me detuve para pedir nuevas instrucciones los trabajadores, al borde de la indignación, no podían comprender cómo es que yo pude haber confundido Chalco con Valle de Chalco, siendo las diferencias tan claras: “¡Si hay niveles!”; “¡allá están refregados!” y, la principal, “ni que aquí también nos inundáramos”. Aclaradas y aceptadas las diferencias



Desastre bajo el volcán.

entre estos dos municipios vecinos, don René, un microbusero ya entrado en años ofreció llevarme a San Isidro, una colonia de Valle de Chalco ubicada a la altura del kilómetro 27 de la carretera México-Puebla, justo enfrente de donde se había fracturado el Canal de la Compañía la madrugada del 5 de febrero.

Camino a San Isidro, don René me contó que él y su familia, vecinos de la colonia La Providencia, no se vieron tan afectados por las inundaciones porque “afortunadamente” donde viven no hay calles pavimentadas ni drenaje. La miseria vista así jamás había sonado tan dichosa. También me contó que cuando comenzaron las labores de limpieza un día las “personas enviadas por el gobierno” pasaron toda una jornada echando cal en las paredes y recogiendo escombros en los alrededores de su colonia. Para cuando llenaron el primer camión de desechos don René y sus amigos cercanos habían nombrado a un vocero encargado de saciar la curiosidad del resto de los avecindados “¿Por qué chingaos andan ustedes echando cal y recogiendo mugre de la calle? ¡Si aquí no pasó nada! ¡El agua no llegó hasta acá! Y toda la mugre que se va a llevar ha estado aquí siempre.” Don René me explicaba entre contagiosas carcajadas que esa cuadrilla de limpieza creyó durante todo el tiempo que los dejaron trabajar que estaban echándoles la mano a unos damnificados de la inundación. Quién sabe, quizá de haber podido acabar con sus labores la cuadrilla planeaba estrechar un par de manos y recitar la conocida cantaleta de “para que vean

que el gobierno sí les cumple, para que nos sigan ustedes apoyando”. Don René se ahogaba entre sus risas: “Tarugos, si así hemos estado siempre.” Su anécdota revelaba una realidad terrible: Valle de Chalco está tan jodido que la diferencia entre ser o no ser un damnificado puede pasar inadvertida.

Ahogarse en San Isidro

Entrando a San Isidro no hace falta pedirle a nadie que te cuente hasta dónde llegó el nivel de agua desbordada, la marca es evidenciada por una mugrosa línea horizontal que en algunas cuerdas alcanza hasta dos metros de alto. Me mido junto a una de estas líneas y de la acera de enfrente el hombre que atiende un taller de refacciones me grita socarronamente: “Te hubieras ahogado, chaparrita.” Y sí, tenía razón.

Nelly es dueña de una casa de dos pisos en San Isidro. En la planta baja tiene una miscelánea con la que se sostiene su familia. La madrugada del 5 de febrero escuchó a través de los megáfonos a la policía gritar que el canal se había reventado. Pero para cuando salió de la cama y bajó a revisar su negocio el agua ya le llegaba a las rodillas, en pocas horas el agua le llegaría al cuello. Nelly y su esposo, temerosos de que los saqueadores vieran en su miscelánea un botín en potencia, decidieron no irse a los albergues y pasaron diez días en la planta alta de su casa esperando los rondines de las autoridades del Estado de México, que una vez al día les proveían de comida y botellas de agua. Diez días de suciedad, peste y hastío.

A diferencia de Nelly, los vecinos de la casa de enfrente se marcharon en cuanto pudieron dejando atrás a dos cachorros abandonados en la azotea. Nelly me contó que durante los rondines ningún policía quiso ni ayudar ni alimentar a los perros. Antes del séptimo día, los animales se lanzaron al agua. Nelly lo siguió con la mirada un par de calles: “A mí se me hace que se aventaron a propósito. Se suicidaron los pobrecitos.” No pudieron asirse a nada. Se perdieron a lo lejos.

Gran parte del malestar de los vecinos de San Isidro es que los diez días

que duró la inundación fueron sólo la primera mitad del desastre. La otra mitad vino con el recuento de los daños y las gestiones para que las autoridades se responsabilizaran y absorbieran los gastos de sus pérdidas. Una de las quejas más sentidas es que para brindarles apoyo las autoridades les exigieron que limpiaran sus casas para que los funcionarios pudieran entrar en ellas “sin riesgo de enfermarse” y cerciorarse de las pérdidas. “¿Cómo íbamos a limpiarlas si no teníamos agua, ni detergente?”, se quejaba Tere, otra vecina de San Isidro. Finalmente la burocracia que habría de censar los daños tuvo una revelación mística y pidió a los vecinos que si no podían limpiar sus casas entonces colocaran en las fachadas una cartulina donde se indicara el número de adultos, el número de niños y el tipo de negocio que resultó afectado por la inundación.

A un mes de las inundaciones “los apoyos” prometidos por la autoridades estatales y federales (por casa: \$10,000 en una tarjeta que sólo permite comprar muebles en tiendas autorizadas + \$10,000 líquidos y libres en otra tarjeta + \$5,000 en material de construcción + \$25,000 por negocio afectado) recorren caminos sinuosos para llegar a manos de los damnificados. Algunos ni siquiera saben si serán acreedores de estos apoyos pues no tienen certeza de que la información que colocaron en la cartulina haya sido tomada en cuenta. El tema de los negocios es más oscuro todavía: todas las personas con las que hablé afirmaron que estos 25,000 pesos no eran para todos sino que se iban a rifar sólo entre algunos negocios. ¿Bajo qué reglas? Nadie lo sabía.

A las 6 de la tarde unas amenazadoras nubes se posan sobre Valle de Chalco. Maldigo al Servicio Meteorológico Nacional y comienzo a despedirme de los vecinos. Antes de irme les pregunto a los cuatro ahí reunidos si aceptarían ser reubicados lejos del canal. La respuesta unánime e inmediata es “No”. Extraña embrujo ejerce el Río de la Compañía sobre los habitantes. —

— CYNTHIA RAMÍREZ



La tumba de Borges en Ginebra.

LITERATURA

BORGES EN LA CIUDAD DE LOS REYES MUERTOS

Legó a Suiza en plena tormenta de nieve. El avión se mueve y Jennifer sonríe como sonrían todas las azafatas, con clara excepción de las de Iberia. Dos mujeres de mi lado, impávidas a los sacudones, no dejan de pedir y comprar cosas: revistas, perfumes, chocolates. Yo ni grito ni pierdo la calma, soy un hombre valiente. Busco a Jennifer para que sonría. No te confundas, me digo, es mera cordialidad comercial. Pretendo ser un hombre sensato.

Cada vez que vuelo pienso en la posibilidad de que el avión se estrelle. Es algo bastante normal: según una estadística de la Boeing, un 20 por ciento de las personas desisten de embarcar en los últimos minutos. No tengo miedo, no, pero no quisiera un final así. Dicen que la muerte en un accidente aéreo es un exceso mortal. Este avión a los saltos provoca cierta discrepancia tácita con mi propio destino: yo, a diferencia de Borges, no vengo a Ginebra para morir.

Imagino ahora el avión reventado en plenos Alpes, sin sobrevivientes, con nuestros cuerpos desgarrados, en medio de la nieve. Imagino partes del joven y bello cuerpo de Jennifer entumecidas en el hielo. En mi conjetura de la tragedia no hay sobrevivientes; sólo algunas pertenencias, intactas botellitas de perfume, una revista *Hola* y poco más.

Pero por suerte estamos llegando vivos y a salvo. Aterrizamos en el aeropuerto de Ginebra, donde por una puerta se sale a Francia, por la otra a Suiza. Una vez en tierra firme quiero dejar de pensar en la muerte, pero rumbo a la aduana, en la fila de al lado, una joven lee *Sissi, la emperatriz*. Pensé que ya nadie leía esos libros y recordé que Sissi, emperatriz de Austria y reina de Hungría, también vino un día a morir a Ginebra. Una mañana de septiembre, entre el tumulto de la gente, fue acuchillada al salir de su hotel.

No es la primera vez que llego a Ginebra con la única intención de dar una vuelta por la tumba de Jorge Luis Borges, la que nunca —por una causa u otra— pude visitar. Borges no quiso ni pudo soslayar el destino de algunos hombres de su país. Morir lejos, lejos de una patria que expulsa, que escupe arriba. Y una vez muertos, perseguidos por los vivos.

La familia de Borges llegó a Europa para que su padre se curara una incipiente ceguera. De buena posición económica, aunque no rica, viajó en el mismo barco en el que las patricias familias argentinas llevaban sus propias vacas, por si en Europa no hubiera leche de la buena. Era 1914, y en Sarajevo asesinaban al archiduque Fernando y a su esposa. Los alemanes invadían Bélgica. Los Borges, ignorantes del contexto, viajaron a Ginebra y allí se quedaron atrapados por la guerra varios años. Mientras el conflicto ceñía Suiza, Borges leía *Crimen y castigo* de Dostoievski. Tiempo después declaró: “esa novela, que tenía por héroes a una prostituta y un asesino, me parecía mucho más pavorosa que la guerra que nos rodeaba”. Tuvo que excusarse tantas veces: “Éramos tan ignorantes en la historia universal...”

Esta ciudad cobijó al pequeño Borges y al Borges anciano. Reconoció haber sido feliz aquí, contra tantas infelicidades bonaerenses. Siempre destacó a Ginebra como un “lugar propicio a la felicidad”. “Su patria íntima”, la llamó. Aquí aprendió latín, griego, francés, alemán y la amistad. A sus amigos les enseñó a jugar truco y en el primer partido, suerte de principiante y descortesía, lo dejaron sin dinero.

La familia se instaló en un apartamento del primer piso del número 17 de la calle Malagnou, frente a la iglesia rusa (hoy esta calle se llama *rue Ferdinand Hodler*, en honor al pintor suizo). En su habitación, desde la que se veía la catedral de Saint-Pierre, el niño Borges atesoraba sus juguetes más preciados: libros, libros, un caleidoscopio y libros. A través del caleidoscopio las imágenes se ven duplicadas, triplicadas; es posible apreciar mundos reflejados, un pequeño universo, un universo infinito. Borges lo llamaba un aleph. ¿Su Rosebud?

Junto a las vacas de los ricos, los Borges cargaban cajones con libros argentinos: el *Facundo* de Sarmiento; obras de Eduardo Gutiérrez, Evaristo Carriego, Hilario Ascasubi, Leopoldo Lugones... En un francés recién aprendido leyó a Daudet, Zola, Maupassant, Hugo y Flaubert. Practicó el alemán con Meyrink, Kant y el *Lyrisches Intermezzo* de Heine, que lo convenció de ser poeta en su propio idioma. Esos mismos días, los rusos y los ingleses encandilaron al escritor, especialmente Thomas Carlyle, De Quincey, Chesterton. En su primer cumpleaños en Ginebra pidió de regalo una enciclopedia germánica. Jorge Luis Borges tenía quince años.

Por las calles subibajas de la *Vieille Ville*, un diminuto Georgie —como lo llamaba su familia—, miope y temeroso, quiso saber del sexo, pero asimiló a Schopenhauer. Su padre, secreto frecuentador de burdeles, un día preguntó a su hijo si alguna vez había estado con una mujer. Con toda la timidez del mundo, respondió que no. Le dio una dirección, un día y una hora determinada, donde debía presentarse para que se ocuparan de él. Sus peores biógrafos especulan que no hubo otro encuentro similar durante treinta años. A los 45 años, Borges no sabía cómo enfrentarse a eso que Freud y los demás llaman pulsión sexual. Se hubiera muerto ante la sonrisa de Jennifer.

Recorro las callecitas de Ginebra para perseguir el halo que desprenden los mitos. Por aquí caminó Cortázar (también siguiendo a Borges), en este lujoso hotel se hospedó Bioy Casares.

Esta escuela la fundó Calvino (el *College* donde estudió Borges). En esta casa vivió Rousseau. Ay, argentinos, ¡qué seríamos sin los muertos!

Cruzo el Ródano, y por la zona de los periodistas, llego al cementerio de Plainpalais, el cementerio de los reyes. Mi guía de Ginebra se reduce a una guía de este cementerio. Puro necroturismo argentino, visita de tumbas; turismo posmoderno, el de cerciorarse *in situ* de imágenes conocidas de memoria.

Si Borges alguna vez pidió para su lápida “las dos fechas abstractas/ y el olvido”, sé que en ella, piedra gris de Punilla, hay secretos, juegos, acertijo, ironía, amor. De todo, menos el quimérico olvido. Lleva grabado su nombre y las dos fechas (1899-1986), una cruz de Camelot y, dentro de un medallón, siete guerreros vigilantes con las armas rotas. Puede leerse: “*and ne forbtendon na*” (algo así como “y no deberás temer” en sajón antiguo). Al reverso, están tallados dos versos de la *Völsunga Saga*, saga noruega del siglo XIII: “*Hann tekr svertbit Gram ok/leggr i methal theira bert*”, “Él tomo su espada, Gram, y colocó el metal desnudo entre los dos”. Los versos aluden a las noches en que el héroe comparte lecho con una mujer, y para no tocarla, coloca la espada (Gram, las espadas llevaban nombre) entre ellos. Debajo de los versos, la dedicatoria “De Ulrica a Javier Otárola”. Y una nave vikinga con su vela desplegada surca la piedra. Algunos vieron un misterioso mensaje final. Los que leyeron a Borges saben que no hay tal enigma. Los versos preludian el cuento “Ulrica”, de *El libro de arena* (1975). El relato es aquel que dice que “no había una espada entre los dos [...] secular en la sombra, fluyó el amor”. Está dedicado a María Kodama (Ulrica), la mujer con la que se esposó ocho semanas antes de morir.

Sé de esta tumba tanto como si la hubiera visto. Sé la refinada disposición del cementerio y los caminos que me llevan al sepulcro del escritor. Léi cientos de veces cómo llegar a la número 735, entre las de Calvino y Kipling.

Cuando llego, veo por la puerta tumbas y tumbas.

LEY DEL LIBRO EN EL LIMBO

La ley que aprobó el precio único a los libros fue publicada en el Diario Oficial de la Federación el 24 de julio de 2008. De su “entrada en vigor” a la fecha nada ha sucedido porque el Consejo Nacional de Fomento para el Libro y la Lectura no ha elaborado las reglas para que toda persona física o moral que edite o importe libros esté obligada a fijar un precio de venta al público.

¿Los responsables de este pasmo?

I. Alonso Lujambio, titular de la Secretaría de Educación Pública.

II. Consuelo Sáizar, titular de Conaculta.

III. Fernando Nava López, titular del Instituto Nacional de Lenguas Indígenas.

IV. Víctorico Albores Santiago, presidente de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana.

V. Guillermo Quijas, presidente de la Asociación de Libreros de México.

VI. Jesús Lau, presidente de la Asociación Nacional de Bibliotecarios.

VII. Lorena Salazar Machain, presidenta de la Sociedad General de Escritores de México.

VIII. María Edith Bernáldez Reyes, directora general de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública.

IX. Laura Emilia Pacheco, directora general de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

X. Fernando Álvarez del Castillo, director general de Bibliotecas del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. —

Investigación de los recuadros: Cynthia Ramírez

Pero de lejos no se ve nada.

El cementerio está cerrado por vacaciones.

Subo al sosegado tranvía ginebrino y a mi lado una mujer me sonrío. Se llama Popó, me dice en el suave francés de los suizos. Se refiere a su mascota, una rata blanca que lleva en el hombro bajo el abrigo. La rata va y viene y cuando asoma por su cuello, la mujer la besa, y me sonrío. Sonrío por las dudas, pero me bajo y me detengo en la costa del Ródano. El frío azota la ciudad de los reyes muertos. Miro el río esperando encontrar un reflejo, y sólo encuentro las luces de un banco árabe. —

— GASTÓN GARCÍA

CARTA DESDE AUSTIN

ARREOLA Y FELISBERTO

A veces los recuerdos eligen aparecerse por las vías más absurdas, que de tener alguna relación con lo que estamos pensando o viviendo, lo disimulan con perfecta arte mimética. Leyendo un libro traducido del sueco, algo me llevó a refunfuñar ante un vicio frecuente en el ramo: disponer de una fórmula y reiterarla por visible pereza. Si la fórmula, además, trasluce una moda que ya se presiente perecedera, el fastidio cubre la lectura como una escarcha, aunque se esté cerca de ese cielo imperturbable que al fin es lo que una busca cuando lee. Más allá de los “lapso de tiempo” —todavía— y de que todas las Dallbogatan o Kirchengatan que voy encontrando lleven un aclaratorio “calle” (recordé una paginita de J.R.J. acerca de las señoras que en Puerto Rico hablaban de la “corriente” del Gulf “Stream”), de pronto me hace suspirar la monotonía con la que los personajes con dudas nunca elijan y siempre se “decan ten” por tal o cual cosa. ¿Por qué en ese momento me vi en la Feria del Libro del Palacio de Minería, en la presentación de las Obras Completas de Felisberto Hernández, editadas por Siglo XXI? ¿La necesidad de lo opuesto? Porque nada más alejado del libro sueco, y hasta de ciertas obsesiones de la escritura, que el cada vez menos repasado escritor uruguayo, cuyo purismo sintáctico entraba a veces en colisión con su genialidad imaginativa sin detrimento de esta y cuyo crónico infortunio editorial sin duda nunca previó la errática historia futura de sus libros.

Como sea, el recuerdo viene por un camino imprevisto y centellea entre otros muchos. Le sumo uno, no menos patente, de mis primerísimos días mexicanos, que este, sí, ya tiene su lógica. Vivía en rara flotación en un tiempo en el que no terminaba de asentarme, entremezclando descubrimientos, nostalgias e inquietudes. Sentada ante la televisión de los González de León y mirando

sin saber muy bien qué, me interesé en alguien que se estaba colocando unos puños postizos, de perfil, ante la cámara que, al parecer, lo captaba sin que él se diese por enterado. Le encontré un vago aire a Barrault, un pelo ensortijado, unos ojos pequeños y vivísimos. Luego hablé, no recuerdo de qué, pero me pareció que improvisaba sobre un guión inexistente que se iba desarrollando por gracia de un divertido dominio de quién sabe cuántos demonios interiores. Entonces me dijeron que era Arreola en uno de sus programas habituales.

No lo conocí personalmente, aunque me atreví a intervenir mediante una nota en unas conversaciones que mantenía con Antonio Alatorre, también en televisión, porque ambos trataban de recordar el nombre de un film antiguo y memorable y no lo lograban y yo sabía que era *Mademoiselle Docteur* y que el de la actriz, también olvidado, era Dita Parlo y se los conté desde *El Sol*, donde escribía gracias a Emmanuel Carballo. Un día lo vería aparecer fugaz y generosamente en el hotel Montejo, para saludar a Onetti, que estaba de paso y que más rioplatense que nunca, desde un oscuro traje azul habituado a las arrugas y a la ceniza, que de saber escribir sólo hubiera producido viejos folletines con faltas de ortografía, miraba aferrado a su asiento aquella para él incomprensible y danzante aparición, vestida de terciopelo negro, cuyo sombrero paveso era bajado hasta el suelo en un saludo de andaluz dieciochesco, mientras explicaba su atuendo con el argumento de que debía asistir a un campeonato de ping pong. Esto, al uruguayo encerrado en la cápsula invariable de su Santa María pueblerina, debe haberle aumentado mucho la dosis de irracionalidad del momento. Adorable Arreola, que nunca volvió a ver —aunque a veces pasáramos por la librería de su hijo, atraídos por la remota posibilidad de encontrarlo entre los anaqueles—, hasta una para mí memorable tarde en el Palacio de Minería.

Don Arnaldo Orfila Reynal me había invitado a integrar la mesa redonda donde David Huerta presentaría la edición de Siglo XXI de la obra com-

pleta de Felisberto Hernández. Le dije que quien no podía faltar en ella era Arreola y él me objetó que traerlo de Zapotlán el Grande era casi imposible. Y así llegó la tarde del acto y el Palacio de Minería era un hervidero humano y la salita en que nos reuniríamos en torno al casi ignorado espíritu de F.H. estaba llena de gente, como suele ocurrir en ferias donde, después de dar vueltas, hojeando libros y mirándose unos a otros, muchos terminan por incrustarse, oyente de lo que sea, en el primer lugar que les permita estar sentados. Aunque es posible, siempre lo es, que entre tanto asistente azaroso también hubiese uno que otro legítimo interesado. Lo cierto es que de pronto, en algún punto de la segunda fila, surgió la voz de Arreola, en todo su poder de chamán inspirado, que desde allí no más levantó un himno sorprendente, una pura fábula muy suya, donde se veía a sí mismo y a Felisberto, junto a Julio Herrera y Reissig y a Jules Supervielle y a no sé qué otra figura de nuestro remoto y glorioso pasado literario, quizás Laforgue y Lautréamont, quizás Quiroga, quizás Delmira Agustini o Vaz Ferreira, convocados en un insólito entrevero de tiempos pero en un lugar preciso, el histórico café Tupí Nambá, extraído de la neblina destructiva que reina allí donde nadie protege el corazón del pasado.

Fueron unos minutos de magia sorpresiva, en que apenas si pude pensar que no era posible, que aquello iba a volver a la nada porque nadie lo estaba grabando ni filmando y porque además la mayor parte del público, sin duda desconocedor de los nombres de quienes integraban aquel glorioso desfile ilusorio y atemporal, era incapaz de entender el monumento deliciosamente anacrónico que Arreola estaba erigiendo con el aire más normal y desapasionado. Claro que el absurdo no lo era desde el punto de vista más sutil: el que relacionaba a quienes, claro, no podían haber coincidido en vida en torno a una mesa, pero estaban unidos por la fuerza mayor de sus espíritus, entre ellos y con Arreola. Me dije que los críticos que suelen encapricharse con la pertenencia o no a una genera-

ción de quienes son su objeto de estudio, nunca comprenderían el acierto mayor de quienes congregan a los escritores por afinidades menos perecederas.

Creo que ya no atendí a nada, mientras el acto siguió según su plan formal, pensando sólo en que Arreola era capaz de hacerse humo antes de que aquello concluyera. Y sí, aunque logramos hablar con él y decirle cuánto agradecíamos su materialización entre tantos espíritus allí ignorados, él huyó rápido y nosotros, insulsamente educados, dejamos que volviera a ese Zapotlán, sin duda inventado por él en lo que de veras es grande.

Con todo, volví a verlo, otra vez de modo sorpresivo y a distancia. Ya había quedado atrás aquel tiempo primero del Seminario de los Problemas de la Traducción, que Tomás Segovia había inventado, invitándome con generosidad y luego abandonado, con plausible hartura, dejándome librada a las ulteriores mañas del destino. Y no entro en detalles. Pero como yo seguía traduciendo, alguien tuvo la idea de hacerme asistir a un congreso que culminó con una charla de Arreola. Terminó su divertido repaso de accidentes y deslices, algunos de resonancia teutónica, con los que había tropezado en sus trabajos, con un ejemplo de problemas al parecer insolubles con los que todo aquel que ha gozado y sufrido con la tarea de traducir topó alguna vez y recuerda como Catalina, si resucitara, recordaría su rueda. Ya no sé por qué, el ejemplo estaba ambientado frente a una vidriera de París; quizás allí un maniquí recordara el aspecto de un *astifilakes* o policía griego, más bien de un *palikari* o de un *evzones*, cuyas ropas eran más pintorescas. En aquel momento Arreola se había sentido urgido por saber el nombre de la falda del individuo del ejército griego que, como los escoceses, enfrentaba la más agresiva de las funciones del hombre, la bélica, con una falda tableada, a la rodilla, en el caso de los griegos blanca y levemente acampanada, la fustanella, de modo que parecen vestir una corola. A las medias también blancas les cuelgan atrás flecos y los zapatos llevan grandes pompones. Arreola se había encontrado con aque-

llos nombres y sin duda le había llevado tiempo saber su significado, aunque, obviamente, no tienen traducción, y en ese momento los lanzó al aire, como un sonoro fin de fiesta, seguro de que nadie sabría de qué se trataba. Pero yo tenía la suerte de ser fervorosa lectora de Savinio y no podía ignorarlos. Desde mi asiento no muy remoto y escalonado pude hacer ese gesto como de tocar el piano sobre mi falda, que también servía para sugerir aquel elemento del vestir, pero tableado. Arreola agrandó sus ojos en honesta y pública sorpresa: allí alguien lo sabía. Todo quedó entre él y yo, hasta el día de hoy. —

— IDA VITALE

CRÓNICA

390 MINUTOS CON FLORENCE CASSEZ

Una tarde, de vuelta de uno de los casi diarios traslados del Reclusorio Oriente, donde Florence Cassez comparecía ante los juzgados, rumbo al penal femenino de Tepepan, en una calle solitaria, el camión policial en el que viajaba se detuvo. Dos guardias la hicieron bajar, le dijeron: “Anda, camina, cómprate una paleta.” Cassez dio unos pasos hasta la esquina de la calle; entró a una miscelánea y compró varias paletas. Le dio una a cada uno. Después volvió al camión, subió, y el coche arrancó a su destino.

Me lo cuenta ella, al borde de las lágrimas. Dice: “Me sentí en *shock*, me asusté, lo que parecía un privilegio, me dio terror; ahora, cada vez que lo recuerdo, hubiese querido no haberlo vivido; me sentí humillada.”



La visito en el Centro Femenil de Readaptación Social de Tepepan, donde se encuentra encarcelada —sentenciada a 60 años por secuestro—; su libro, *A la sombra de mi vida/Prisionera del Estado mexicano* —que en Francia ha vendido más de 30,000 ejemplares—, se publica este mayo en México. No conozco a Cassez,

pero sí su historia, el retrato que difundieron tanto los medios como la policía —la francesa “sanguinaria y diabólica”—, el montaje que la AFI hizo de su aprehensión, la tensión que se ha generado entre Francia y México, y *Fábrica de culpables*, el libro que los periodistas Anne Vigna y Alain Devalpo, basados en el expediente del caso, han publicado en México.

Son las 10:30 de la mañana. Paso los controles y me recibe una *estafeta*, una reclusa que trabaja como mensajera. Espero sobre una silla blanca, en una mesita cubierta por un mantel; el salón de visitas es austero, como si allí deambularan fantasmas, abierto a la promiscuidad social de internas y visitantes, un espacio impersonal donde se realizan también eventos de “entretenimiento”, convivios por el día de la mujer o el amor y la amistad.

Pienso en lo que uno de sus abogados, Agustín Acosta, me dijo un día antes: “Lo primero que me pregunta cualquiera sobre Florence es si es guapa.” Se lo preguntó un empresario muy conocido que ha vivido de manera indirecta el infierno del secuestro; el asesinato. Me sorprende que a la gente le inquiete más su belleza que su presunta inocencia.

Hay cuatro *collages* en las paredes del salón que se refieren a la violencia en nuestro país, al alcoholismo, al respeto a la mujer. Aún no lo sé, pero sabré que los ha hecho Florence: la directora del penal le ha pedido a ella y a otras dos reclusas elaborarlos para el día internacional de la mujer. “No sabes cuánta violencia hay en las imágenes, en la publicidad”, dice. En una de las cartulinas hay una fotografía de Felipe Calderón. Leo, en otra, la frase: “Fea o hermosa, la mujer no es una cosa”; un espacio está dedicado a las desaparecidas de Juárez.

Al fondo, en un pequeño patio, observo a una pareja con un bebé en un moisés. En Tepepan, hasta hoy, se permite su estancia. Entonces la veo aparecer. Espigada, de tez blanca y pecosa, frente amplia; tiene el cabello muy largo, pelirrojo, y lo sujeta con dos broches de flores blancas; los ojos azules, casi verdes, la mirada intensa, las cejas finas, las manos delicadas. Me saluda con dos

besos. Tiene un lunar en la mejilla derecha. Viste jeans y una camisa sin mangas azul marino, el color que deben vestir las internas; lleva sandalias, las uñas pintadas. No puede haber duda: es Florence Cassez; he visto su imagen, una y otra vez. Destaca como destacaría una mexicana en una cárcel francesa: es diferente.

“Una vez publicaron un ‘informe’ en el que se decía que si tenía las cejas así o así, que si tenía los ojos así o así, no sé..., que todo eso me delataba; y yo digo: ay, por favor, cómo puede ser”, dice salpicando su lenguaje con modismos que me son familiares: “Así o así”, “No sé”, “Ay, por favor”, “¿Sí me explico?”, mientras alarga alguna vocal, la “a”, como si se le hubiese contagiado un acento de provincia del norte mexicano.

Caszez parece querida: la saludan internas, médicos, maestros, gente que trabaja en el penal, visitantes de otras reclusas, alguna antigua encarcelada que ahora, libre, acude a ver a sus compañeras. “Ella estaba dentro —me dice sobre una mujer que ha llegado—, ahora viene por sus amigas; eso es muy lindo, porque la mayoría dice que, cuando salga, nunca quiere volver.” Florence es atenta, como si supiera que uno no está acostumbrado a visitar la cárcel; me ofrece un *expresso* de sobre; a veces sonrío. Pide permiso para encender un cigarro. Cuando tiene en la punta de la lengua una mala palabra, no falla la muletilla: “Disculpa que lo diga así...”

Después de estos más de cuatro años en cautiverio, conoce el entorno en el que vive; duda de todos. Es raro el periodista que no la haya querido linchar, periodistas que no han leído una sola página de su expediente. Cuenta Acosta: “A Carmen Aristegui le dije: ‘mira el expediente’; se lo mostré, le abrí las carpetas, y, a partir de entonces, Carmen piensa muy distinto respecto al caso.”

Me dice Florence: “¿Quién realmente sabe con quién está?; ¿quién lo sabe? Esto lo he aprendido: nadie; ahí están los pederastas, ¿quién lo sabía?” —se refiere a Marcial Maciel. Le hablo del libro *El adversario*, de Emmanuel Carrère, sobre la historia de Jean-Claude Romand, un hombre que mató a su mujer, a sus dos



Florence Cassez, de Pablo Elizondo.

hijos, a sus padres y que intentó suicidarse en Francia, en 1993. Durante 18 años se hizo pasar por médico, estafó a amigos; llevó una doble vida. La esposa de Romand se llamaba también Florence. Nada supo, hasta su muerte. A Caszez no le sorprende. Me pregunta: “¿Conoces la historia de Guillermo Vélez Pelayo?” Vélez Pelayo es el padre de un joven, Guillermo Vélez Mendoza, asesinado por miembros de la AFI, la misma institución que detuvo a Florence. Vélez Mendoza fue sacado de su domicilio con engaños y llevado a la fuerza a la PGR. Se le quiso implicar en una banda de secuestradores, después de que la policía lo torturara hasta matarlo. Su padre limpió y restituyó su reputación; pero no su vida.

“Lo que me ha pasado a mí le puede pasar a cualquiera; cuando veo la televisión y presentan culpables de secuestro, del narco, con esa misma cara de susto y de miedo que yo tenía cuando me detuvieron, ya no puedo creer nada; ya me lo hicieron a mí, cómo voy a pensar que esa gente es culpable”, dice.

“Yo sólo pido que me utilicen, que mi caso sirva para combatir los abusos, las detenciones arbitrarias; yo lo que digo es: ‘utilícenme’”, añade Caszez, quien está convencida de que el suyo es un caso del que todos, autoridades, ciudadanos, podemos aprender; un caso que debe ayudar a que lo que le ha pasado a ella no le pase a cualquiera.

Después dice: “Cada vez hay más; está el de Jacinta –una indígena acusada de ‘secuestrar’ a seis policías, encarcelada tres años y exonerada en septiembre de 2009 con un ‘usted disculpe’–, el de Guadalupe Meléndez y Luz María Dávila –la primera, madre de uno de los acusados en el multihomicidio de Villas de Salvárcar, en Juárez; la segunda, madre de uno de los asesinados, quienes han iniciado, conjuntamente, una campaña para que se haga verdadera justicia.

“De mi caso se habla mucho, pero la reacción es: no escucho, no veo, no sé; y ya no se puede tapar el ojo al macho”, dice. Le pregunto si la han buscado periodistas mexicanos: “Muy pocos –responde–; a mí se me juzgó sin saber; me presentaron como culpable y entonces fui culpable para todos; bastaron dos días. Lo que yo pido a los mexicanos es que chequen mi expediente; no me crean nada a mí: ¡investiguen!”

Entonces dice: “Hubo un periodista, de los que más me atacaron, que habló siempre mal de mí, escribió cosas horribles, inventó todo, pero hace poco me buscó, me quiso conocer, se disculpó conmigo, estaba avergonzado; me dijo que a él le ponían en su mesa información de la policía. Tiene cáncer, por eso creo que está arrepentido.” Florence me pide que no publique el nombre. Se le puede leer en internet: nunca citó una fuente; llegó a difamar a sus padres.

“¡Jurídico!”, le avisan. “Ahora vuelvo”, dice. Cuando regresa, trae consigo ocho, diez, doce sobres con sellos de Francia, Marruecos, Canadá, Bélgica, Tailandia, México, Holanda. “¡Mira!” La felicitan por su libro; admiran su valentía; le envían unos aretes. Sonríe: “¡Qué bonitos!”, dice. Recibe estas líneas de Nantes: “Nos da muchísima pena ver las relaciones entre nuestros países ensombrecidas por tu encarcelamiento a todos los que aquí amamos a México”; un cura del Distrito de Nanterre, escribe: “El próximo 27 de marzo celebraré el Santo Sacrificio de la misa por su liberación... Que nuestra señora de Guadalupe perdone a México, que intervenga para

que recupere su libertad.” Entonces me tiende esta con los ojos húmedos: “Tengo 29 años estoy preso desde los 22 años y se lo difícil que es estar privado de la libertad siendo inocente... La mire en una fotografía de la Revista de Proceso 13 dic, 2009 y al ver su rostro no dejo de pensar en el dolor y sufrimiento que esta viviendo se que es en vano recalcar lo ineficiente de nuestra justicia mexicana...” (sic). La firma un convicto desde el penal de Islas Marías, en Nayarit (en una segunda visita, Florence me permite leer dos cartas significativas: una, de un hombre en México que le dice cómo ha sido torturado para firmar una declaración de culpabilidad; su caso ha salido en los medios; la otra, de un hombre absuelto por el “caso Outreau”, uno de los mayores errores judiciales en la historia francesa, donde se acusó a 13 personas de pederastia, una de las cuales se suicidó. Fue el abogado de Cassez, Frank Berton, quien destapó las incongruencias jurídicas. “*Un jour, le ciel redeviendra bleu*”, termina la carta). Alguien que desconoce que no se puede introducir DVD’s en la cárcel, le quiere mandar uno: Florence organizó durante una temporada un cineclub, apoyada desde la dirección, pero luego se hizo imposible el manejo de las películas.

Es Charlotte, su madre, quien agradece la correspondencia, los obsequios, y actualiza el blog que ha creado en apoyo a la liberación de Florence. También es Charlotte la mejor defensa de su hija: “Una madre de esa calidad moral, de esa entereza, no puede tener una hija secues-

tradora”, me dijo Acosta. Florence lo dice así: “Mi madre es una mujer hecha y derecha; mis hermanos y yo nos educamos en un ambiente muy estricto; no había espacio para el ocio; nos inculcaron el trabajo; gracias a eso, he podido sobrevivir aquí (la cárcel) –dice–. Los perros no hacen gatos; somos el ejemplo de nuestros padres, y mis padres son personas rectas.”

“Ahora tengo un rol, tengo una responsabilidad; para mí esto es muy importante”, me dice Florence, mientras regresa, con un orden cuidadoso, cada carta a su sobre, y guarda algún detalle en su agenda; es roja, y ahí tiene imágenes de la virgen de Guadalupe, estampas, pensamientos que le envían. (En mi segunda visita, me sorprende este gesto: un hombre mayor y tímido, mexicano, acude a entregarle comida; ella me cuenta la historia: el hijo de ese hombre vive en Francia, contactó a los padres de Florence y, en una visita a México, la fue a ver; estaba convencido de su culpabilidad, pero quiso verla por “humanidad”. Hoy el padre no duda de su inocencia, la visita y le lleva fruta, verduras, cigarros.)

Sobre las dos de la tarde, llega una amiga francesa; después, llega otro amigo, mexicano. Los dos traen ensaladas, pan, queso, lo que se puede pasar al reclusorio. Comemos los cuatro, y se nos une Lorena, una interna, amiga de Florence. Se habla de refrigeradores, de la primavera, de la relación entre la

EL MANEJO DE LOS RECURSOS

De acuerdo con la Auditoría Superior de la Federación en 2008, Conaculta otorgó recursos por 1,296 millones de pesos sin que se cumpliera con la totalidad de las formalidades establecidas. De ese análisis se desprenden las siguientes deficiencias:

Se emplearon los términos de “Apoyo” y “Donativos” indistintamente sin indicar la definición precisa para cada concepto, así como su uso y manejo.

No se definieron criterios para identificar cómo se aplicarían los recursos y los porcentajes que podrían utilizarse para gastos de operación y administración de los proyectos.

No se estableció como obligación para los beneficiarios de los recursos el entregar copia de los comprobantes originales de facturas y/o recibos fiscales que amparen los conceptos del gasto realizado a las áreas del Conaculta encargadas del seguimiento. —

alimentación y el sexo. De carne. Todos reímos. Descubro el particular sentido del humor de Florence. Me hace gracia el apodo que le ha puesto a un conocido conductor: 'Lobotomía'. Aún se permite bromear. Se lo hago notar, y su respuesta es contundente: "El día de mi cumpleaños una interna llamó a un periódico para decir que yo me estaba sonriendo con mis amigos; ¿si no me río, qué me queda? ¿Acaso también me lo han prohibido? ¿Ya no puedo ni sonreír?", dice. Fue el diario *Reforma* quien reprodujo el 'pitazo': "Cassez está festejando su cumpleaños", publicó una reportera.

Cuando Florence despide a sus dos amigos, me quedo un momento solo con Lorena. Lleva dos años y medio encarcelada; no le pregunto el motivo; le pregunto por Florence. Dice: "Es una muy buena persona; algunas nos tienen envidia porque es raro que una extranjera se haga amiga de una mexicana; aprendo de ella." Cuando se retira, Florence regresa a la comida: "Hoy ha sido especial, es como si hubiese hecho una reunión en casa." Por un momento, creo que está de verdad feliz.

Habla de su exposición a los medios. Le afecta. "Ahora hay una campaña para extraditar a los mexicanos encarcelados en España; y yo me pregunto, ¿por qué?, si a mí no me han querido aplicar el tratado de Estrasburgo. Cuando veo las noticias, me quedo muy confundida: imagino cosas, que si Sarkozy se reunió con Zapatero, que si hay un acuerdo con Calderón; y eso me hace mucho daño, porque lo mío es un tema político, y me da mucho coraje, me da asco."

Otra vez, Florence está a punto de las lágrimas. Ahora va a terapia con un psicólogo. Está en su niñez. Lloro todos los días; lee, escribe, dibuja, hace deporte, arma collares, limpia de lunes a viernes las escaleras. "Con el libro me he desnudado un poquito, ahora en la terapia me estoy desnudando toda", me dice. "Estoy en mi tercer año de infancia."

Unos guardias anuncian el fin de la visita; "vayan recogiendo sus cosas", ordenan; es un momento vulnerable: la despedida. Florence me sorprende con la carga emocional y la fuerza con la que dice esto: "Estoy dispuesta a todo; voy a salir por esa puerta; no le temo ya a la muerte, a que me maten...; sí le temo, me asusta, pero ya vivo con ello; voy a llegar hasta el final." Sus palabras respetan el mismo principio de su libro: "Me queda una sola riqueza: mi inocencia."

He estado casi siete horas con Florence Cassez; 390 minutos; son las cinco de la tarde de un jueves casi veraniego, aunque es invierno. No sé si Florence lo guarda en la memoria, pero hace hoy siete años exactamente, un 11 de marzo, pisó por primera vez México, este país del que recuerda sus viajes, del que evoca días hermosos, del que siente fascinación y tristeza al mismo tiempo. Evito mencionar la efeméride. Ella mira por la ventana, hacia una cancha de cemento desangelada, donde las internas suelen jugar basquetbol; hoy toca voleibol, deporte en el que Florence parece que ha comenzado a destacar. Dicen que tiene mucha fuerza; su profesora, dice Cassez, siempre precisa: "Tiene mucho coraje, no es fuerza." Florence vaga con la

mirada en el infinito finito de la cancha, hasta donde tropieza con una barda del reclusorio, el límite entre "adentro" y "afuera", y dice sin quitar la vista de su horizonte: "Aunque esté destruida internamente, y aunque no me lo creas, en este momento, no pienso en los años que me han robado, sino en que esta es mi vida por ahora, y que en este momento tengo muchas ganas de ir ahí —la cancha— y jugar, aunque después me duche con agua fría." —

— JUAN MANUEL VILLALOBOS

LITERATURA

REFLEXIONES DE UN PASEANTE ATRIBULADO

La estela del paseo

Para quien ha leído abundantemente sobre el paseo, sobre esa larga tradición vagabunda que comienza con *Las ensañaciones de un paseante solitario* de Rousseau —y quizá antes, con las caminatas peripatéticas—, salir a la deriva comporta el riesgo de que más que dejarse llevar por las ondulaciones de la calle, por el azar de los encuentros y las indecisiones de los cruceos, uno comience imperceptiblemente a dar vuelta a las esquinas dobladas de sus lecturas, siguiendo una huella escrita, *libresca*, en vez de una ruta por definir.

La tradición literaria y artística del *flâneur*, que reinventa la caminata y de simple medio de locomoción la convierte en una forma de estar en el mundo, es desde luego tan variopinta como vasta. Además del ya mencionado Rousseau, se cuenta entre sus filas William Hazlitt, R.L. Stevenson, Edgar Allan Poe y H.D. Thoreau; Charles Baudelaire, Guy Debord, Paul Virilio y casi todos los dadaístas y surrealistas; Karl Gottlob Schelle, Nietzsche, Walter Benjamin, Franz Hessel, Robert Walser, Ernst Jünger y Sebald; Joseph Beuys, Richard Long, Robert Smithson, Gordon Matta-Clark, Francis Alÿs y grupos artísticos como Fluxus; Salvador Novo, Roberto Arlt, Néstor Perlongher y un ambulante etcétera. Por ello no es extraño que, a

EL PATRIMONIO CULTURAL MEXICANO

- 20 Radiodifusoras indígenas hasta 2007.
- 27 Bienes mexicanos inscritos en la lista de Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO al 2007 (entre ciudades históricas, obras y conjuntos arqueológicos).
- 173 Zonas arqueológicas abiertas al público en 2007.
- 502 Cines hasta 2006.
- 573 Teatros hasta 2007.
- 1,123 Museos hasta 2007.
- 1,375 Librerías y puntos de venta hasta 2007.
- 1,579 Radiodifusoras hasta 2007.
- 1,828 Casas y centros de cultura hasta 2007.
- 7,111 Bibliotecas públicas en operación en 2006.
- 164,944,998 Asistentes al cine en 2006.
- 66,907,083 Consultas en bibliotecas durante 2006. —

Fuente: "Estadísticas Básicas de la Cultura en México", Conaculta.



Foto tomada del libro *Corbúsis* de Jeanette Porras (Cie)

Peatón contra Goliat.

la hora de caminar sin rumbo fijo, uno llegue a percibir una suerte de sombra, una presencia que es al mismo tiempo una pregunta: ¿hasta qué punto los paseos escritos, los vagabundeos de los que ha quedado registro literario o fueron documentados, influyen en la experiencia del paseante, en su disposición y derroteros?

Del mismo modo que, digamos, después de leer *Las confesiones de un inglés comedor de opio* de Thomas de Quincey sería difícil escribir bajo los efectos de esa droga —o bajo los no menos tóxicos de su resaca y recuerdo— sin rendirse al hechizo de su escritura (Baudelaire redactó sus páginas drogadas bajo el influjo de De Quincey, y poco después Walter Benjamin haría lo mismo bajo el influjo de Baudelaire), los paseos que han sido vertidos al papel, y que por lo tanto pueden leerse y hasta en algunos casos reproducirse o emularse, dejan una estela duradera y tal vez ineludible —ya sea que se llamen callejeos, deambulaciones o derivas— en el paseante, en aquel que sale a la calle con la conciencia de que caminar es una práctica estética, la más antigua y poderosa, también la más universal.

Basta flexionar el tobillo como un fin en sí mismo, basta fatigar la calle sin ningún propósito para integrarse a un linaje, un linaje honorable y antiguo, aquella Orden Andante de la que hablara Thoreau; un linaje por cierto divagante y reflexivo, que ha vuelto innumerables

veces sobre sí mismo, para repensarse, para dejar rastro.

Cuando alrededor de 1830, en su *Teoría del andar*, Balzac preguntaba “¿quién de nosotros piensa en el andar mientras camina?”, ya hacía tiempo que Wordsworth, en el famoso Distrito de los Lagos, había hecho de la caminata su estudio movedido, y por lo menos había transcurrido una larga década desde

que William Hazlitt diera a la imprenta “On Going a Journey”, el primer ensayo de la literatura inglesa dedicado específicamente al placer del paseo. Es decir, la moderna tradición peripatética ya había dado sus gigantescos primeros pasos.

“¿Qué es la cultura? —escribía Simone Weil—. Formación de la atención.” El árbol genealógico del paseo se convierte en una especie de hilo de Ariadna evanescente, un hilo mil veces anudado y vuelto a desenredar, que no promete casi nada, que no sirve de consuelo o guía, y en cuyo extremo no está la certeza de un regreso feliz. Por más que la calle termine imponiéndose con su estruendo y sus bullentes nervaduras, con sus peligros y pliegues, con sus dramas pasajeros y conversaciones advertidas al paso o simplemente inferidas, esa tradición andariega imanta los pasos, les da una intención aun cuando se supone que no deberían tenerla.

La abolición de las calles

La verdadera amenaza para el arte sin preconcepciones del paseo son las calles mismas. Signo de la decadencia de la locomoción bípeda, pero también de la erosión del espacio público y las banquetas, hoy la mayoría de la gente se desplaza sentada y en vehículos, como si hubiera una fiebre antipeatonal, una deserción masiva de aquella Orden Andante que hoy corre el riesgo de desaparecer, de difuminarse por completo.

A tal punto la caminata se ha vuelto una actividad en declive que, en esta era de ajetreo y aceleración, de idolatría del automóvil, la duda de Balzac se parecería a algo como lo que sigue: ¿quién piensa todavía en caminar, en caminar *en absoluto*? (Todo mundo sabe que en México, para ir a la esquina, hay un ritual previo que consiste en dar quince vueltas a la manzana en busca de estacionamiento.)

Para el hombre de a pie, la calle está en peligro de extinción. Si ya el propio Maquiavelo aconsejaba disgregar y dispersar a los habitantes mediante la destrucción parcial de la ciudad por la que antes circulaban libremente, los urbanistas contemporáneos parecen empeñados en desfigurarla y volverla cada vez más hostil, como si reduciendo a cascajo el espacio público tuvieran el propósito de perpetuar el aislamiento e inhibir los encuentros, casuales o no, de aquellos que todavía creemos en los pies como medio de libertad.

Pero si, por un lado, se está cumpliendo aquel sueño perverso de Le Corbusier de abolir las calles para entregarlas al automóvil (y el poder que detenta), por otro, las calles se han vuelto intransitables, tierra de nadie que se reparten las bandas criminales y no tardan en ocupar los soldados. Sólo a un kamikaze se le ocurriría salir de noche a recorrer las casas deshabitadas de, por ejemplo, Ciudad Juárez, como en su momento hicieron los miembros de la Internacional Situacionista en París.

Paul Virilio anotó: “Tan necesarias como el agua o el aire que se respira, las calles son los corredores del alma y de las oscuras trayectorias de la memoria.” Aquí y ahora, en México, las ciudades no tienen agua, el aire se ha vuelto irrespirable y estamos perdiendo día a día los corredores del alma y las trayectorias de la memoria. Al paso que vamos, cuando queramos seguir las huellas de Hazlitt e investigar el comportamiento de nuestro propio cerebro a seis kilómetros por hora, ya sólo podremos hacerlo en los mapas virtuales de internet o soñando caminatas en el espacio. —

— LUIGI AMARA

SUITE CONDESA

Desde que regresé a vivir a México, en el verano de 2006, vivo en la Condesa, el barrio en el que nací y en el que viví muchos años. Conozco cada una de sus calles, de sus plazas y de sus parques. Podría serle de ayuda al arquitecto que quiera conocer sus emblemáticos edificios *art déco*. Es un barrio de amplios camellones, de banquetas generosas, que combina todo lo armónicamente posible la vida residencial con los servicios. Lugar de edificios en una ciudad tradicionalmente plana, la Condesa se volvió el barrio de las comunidades europeas en México, marcadamente de los judíos askenazis y los refugiados españoles. Una suerte de espacio urbano ideal. Un imposible metafísico en un país deshecho. Céntrico, forma parte de la vida de la ciudad a diferencia de los nuevos barrios búnker sólo para ricos. Tiene personalidad propia, y una indudable complejidad social con muchos estratos económicos, aunque sea mayoritariamente un barrio de clase media alta. Lamentablemente, todo esto que he escrito en presente debí haberlo enunciado en pasado. Por mis familiares, amigos y vecinos, sé que el deterioro ha sido paulatino. Yo no me di cuenta cuando regresé, me distrajeran las palmeras, y por eso me instalé aquí como el hijo pródigo que regresa a su “aldea espectral”. Pero con lo sufrido estos tres años podría escribir una enciclopedia sobre su degradación. El problema no es, como en otras zonas de la ciudad, de pauperización sino, al contrario, de éxito económico y desarrollo mal encauzado. Hasta hace una década, la Condesa era un agradable barrio residencial, con algunos locales de tradición, que había entrado en una relativa decadencia por culpa de los sismos del 85, que, si bien no la afectaron como a su vecina la colonia Roma, sí provocaron algunos derrumbes, no pocos daños en edificios emblemáticos, como el Plaza Condesa o el Basurto, y la huida despavorida de sus vecinos más prósperos hacia barrios con mejor subsuelo y, por lo tanto, más seguros ante las periódicas embestidas de la placa de Cocos...

Si me permiten la nostalgia, diría que todo empezó en la calle de Michoacán, enfrente del mercado, entre Atlixco y Parral, cuando un empeñoso vecino decidió abrir un restaurante. Nada reseñable por su cocina, pero que tuvo la osadía de poner sobre la banqueta, como una extensión del local, unas discretísimas mesas con manteles a cuadros y floreros. Como tantas otras ciudades del mundo, pero con mejor clima, la idea era simplemente que el local tuviera terraza. Además, en lugar de contratar al clásico mesero de pajarita que te atormenta con su amabilidad (y te extorsiona con su sindicato), le encargó el servicio de las mesas a un par de bellas estudiantes de teatro. Y en los muros del local, en lugar del póster con la Torre Inclinada de Pisa, cuadros de jóvenes pintores. No sé con precisión si este “pionero” actuó con apego o no al reglamento del barrio y la ciudad. Ignoro si vulneró la ley laboral. Lo que sí sé es que tuvo un éxito inmediato, y los locales con terraza empezaron a proliferar. La



Foto: Jorge Rodríguez-Almeida

Orden y caos en la Condesa.

combinación *risotto* más minifalda con ínfulas artísticas parecía imbatible. Primero con un cierto buen gusto, en los bajos de edificios que conseguían el acuerdo de sus propios vecinos, estos locales ofrecían un ambiente diferente, festivo en una ciudad muda, al aire libre en una ciudad enclaustrada. Y en un salto sin demasiadas pausas intermedias, al absoluto caos de hoy, producto todo de malas y corruptas decisiones administrativas. Un paseante veloz vería hoy antros contruidos ex profeso en lo que eran viejas casas tardoporfirianas, bares sin verdaderas medidas de seguridad ni aislamiento acústico y un restaurante tras otro en cada milímetro cuadrado. Obviamente esta oferta rebasa con mucho la demanda de los vecinos y se ha convertido en un imán para que todos los capitalinos se desplacen a desayunar, comer, cenar y embriagarse en la Condesa. Un barrio residencial convertido en una cantina al aire libre. Triste, pero aceptable.

El problema es otro. Y mucho más grave. Una de las extrañas peculiaridades del reglamento de establecimientos mercantiles de la ciudad de México es que obliga a aquellos que van a abrir un restaurante o un bar a tener estacionamiento propio, exigencia hasta cierto punto entendible pero imposible de cumplir en la mayoría de los casos, y más en un barrio como la Condesa, donde se partía ya de una importante densidad urbana. Esta exigencia del reglamento puede ser solventada con un ardid para-legal: la obligación de ofrecer a los clientes que lleguen con sus vehículos un servicio de *valet parking*. El problema en esencia sigue siendo el mismo: si no hay estacionamientos, ¿dónde se van a estacionar estos fugaces vehículos? Y la respuesta es una sola: en la vía pública. ¿Puede un *valet* que se respete arriesgarse a salir a buscar lugares? Pensemos además que trabaja muy intensamente sólo en las horas pico, cuando todo el mundo llega a rumiar sus sagrados alimentos. La solución ya no es para-legal, sino simplemente ilegal: se pone de acuerdo con un franelero

que, armado de guacales desvencijados y cubetas rellenas de cemento, simplemente aparta el sitio a cambio de una propina. De nuevo, el problema hasta aquí, siendo ya muy grave, aún no es dramático. Un grupo de ciudadanos ha expropiado la vía pública para su provecho privado, con la complicidad tácita de los comerciantes y explícita de las autoridades. De los policías, porque les cobran en efectivo patentes de corso para dejarlos “trabajar”, y de las autoridades delegacionales, porque se sabe que están detrás de los servicios de *valet parking*, verdaderas minas de oro. El problema es que los franeleros tienen información precisa del día a día de los vecinos del barrio y la utilizan en complicidad con organizaciones criminales para desvalijar autos de particulares que no ceden a sus chantajes, robar casas cuando saben que los dueños no se encuentran y demás lindezas.

¿Cuál sería una imagen típica de la Condesa hoy? Un *valet parking* corriendo para recoger un coche seguido por otro en un automóvil para ocupar ese lugar, si se terciara, manejando en sentido contrario. Y como están “arreglados” con las grúas y la policía, pueden estacionarse de cualquier forma. En la noche, la impunidad con que bloquean las entradas y salidas de los vecinos es proverbial. Además, como la Condesa se volvió un barrio de servicios, durante las mañanas hay un tráfico constante de camiones de repartidores que surten a los restaurantes y los bares, que nuevamente se estacionan donde quieren, con la graciosa venia de las autoridades. Además, la basura que genera este nuevo ecosistema es disputada literalmente por decenas de camiones de la basura que acuden a la Condesa a cualquier hora tras el maná de unos desperdicios polisaturados de envases vacíos y cartón. Simultáneamente, la mayoría de los empleados de los restaurantes, bares y tiendas del barrio tienen múltiples necesidades que no siempre pueden satisfacer en sus lugares de trabajo. Y no me refiero a las estrictamente escatológicas, aunque también. ¿Dónde comen estos empleados que ganan salarios miserables y tienen horarios imposibles? ¿Pueden ser clientes de restaurantes análogos a los que trabajan? ¿Un garrotero en México puede comer en su pausa laboral en un restaurante del entorno de la Condesa? La respuesta obviamente es no, y la solución es la lenta pero imparable proliferación de puestos ambulantes de comida. Además, como se puso “de moda” el barrio, muchos de sus “distinguidos” visitantes son hijos de millonarios que viajan acompañados de sus simpáticos guaruras en sus igualmente simpáticas camionetas con sus simpáticos vidrios polarizados. Así, a esa escena típica de la Condesa hoy habría que sumarle el guarura con la pistola casi al descubierto sobre la acera (y su camioneta en ostensible doble fila), el narcomenudista enganchando clientes de bar en bar y el trabajador del barrio comiendo de pie en improvisados puestos de fritangas. Paralelamente, las terrazas llenas atraen una legión de menesterosos de toda laya y condición: desde los simples mendigos, tristemente indígenas en su mayoría, hasta los trovadores improvisados, algunos de una estridencia sospechosa, pasando por la señorita no del todo immacula-

da que vende jabones orgánicos, el musulmán que ofrece telas de la India y el bolero platicador. He visto vendedores de alcachofas y de falsos bonsáis. Los antiguos locales que brindan servicios básicos a los vecinos —sastres, cerrajeros, tintorerías— no pueden resistir el empuje de la especulación inmobiliaria que producen las licencias fraudulentas de los locales de ocio y permutan su giro comercial por otro local de hamburguesas al carbón.

Así, mi viejo barrio de infancia es hoy uno más de los fracasos civilizatorios de esta ciudad, por más que esté de moda en las guías turísticas o se abran estaciones de préstamo gratuito de bicicletas. El problema es estructural y de modelo urbano y cada día se agrava más. No se trata de prohibir las terrazas, sino de limitarlas a una proporción lógica por manzana. No se trata de cercar los barrios para evitar sus visitas, sino de regular efectivamente, por una autoridad honesta, el espacio público. ¿De verdad es tan difícil delimitar con pintura los lugares donde la gente puede estacionarse y poner parquímetros para que esa derrama privada se convierta en riqueza pública? ¿De verdad es tan difícil vigilar con grúas manejadas por personal honesto que nadie, en ninguna circunstancia, se estacione en los retornos de los camellones? ¿De verdad es tan difícil impedir que los locales de ocio ocupen toda la banqueta y funcionen sin una adecuada insonorización? ¿De verdad es tan difícil cancelar los *valet parkings*? ¿Es tan grave que los visitantes busquen libremente dónde estacionarse y se desplacen todo lo grácil que sean capaces unas cuerdas al local de su preferencia, como sucede en el resto del planeta? ¿Está ya legalizado el ambulante y la mendicidad o debe combatirse? ¿De verdad es tan complicado planear estacionamientos públicos subterráneos, con inversión obligada de los locales que operan en la zona? Preguntas sin respuesta en el mar de los sargazos de la corrupción delegacional. —

— RICARDO CAYUELA GALLY

